

EL ULTIMO HUMANISTA

Orlando Araujo

Ciertamente tuvimos una década de literatura violenta, auténtico reflejo de un país violento. Conviene ahora cuidarnos en no caer en una década de literatura boba, en tiempo y clima de homenajes acrílicos, dulzaina pastoreada por quienes, a cambio, nos perdonan malcriadeces. Nos están amansando, amigos míos, Digo esto porque para hacer justicia a un gran escritor basta la autenticidad de una conciencia crítica: esta crítica conciencia cuando es auténtica es también amorosa, sin ser mojigata ni adulante. Cuando al rayar el año 1965 murió don Mariano Picón Salas, hubo en todo el país, y fuera de él, la conmoción del alma causada por la muerte de un gran hombre, tanto más si ese hombre no fue grande porque mandara o sacrificara a otros hombres, sino porque hizo de la palabra una buena nueva y una luz para alumbrar camino en noche oscura. Muchos expresaron de vivo corazón tal sentimiento; pero hubo algunos que utilizaron la muerte del gran escritor como una piedra más en la honda de sus odios. Y era que la militancia política de las últimas escrituras de don Mariano daba pie para que sobre la fresca memoria de su grandeza, la omnisciente jefatura se apoyara en ella, como se apoyó en símbolos patrios y en lenguajes chabacanos para ahondar en la obsesiva reyerta con que la signó la urticante conversión de su destino.

Nosotros combatimos aquella militancia del gran escritor. Lo admirábamos y queríamos mucho y por ello nos dolía verlo en la trinchera de los adversarios. Tanto más cuanto que a sugestión del grupo "Sardio", él había expresado, fiel a su condición de siempre: "Y es que no puede esperarse que los intelectuales paguemos los platos rotos que dejaron en las afligidas sociedades del mundo sus tiranos, sus demagogos o sus *césares democráticos*". Fue un conflicto, como él mismo logró definirlo, de "hora y deshora" quebrantando su viejo ideal humanístico del cual, sin embargo, su vida y su obra alcanzaron heroicamente la ejemplaridad de *una forma superior de tolerancia, moderación y conducta*. Y esto es lo que cuenta y se impone como valor perdurable en la corta distancia en que aun nos hallamos de aquel desligamiento. Fijarlo, —sin retracciones, porque no las hay— en las coordenadas de su hora y su deshora puede parecer im-

pertinente: para mí es una cuestión de honestidad intelectual imprescindible a cuanto sigue.

La coherente versatilidad de la obra de Picón Salas proviene del sentido que a su propia vida dio el autor: una búsqueda afanosa y una investigación continua del ser venezolano e hispanoamericano como empresa indivisible: ensayo, historia, crítica literaria, biografía, narración, crónica y actividad periodística fluyen y confluyen hacia aquella investigación y búsqueda. Picón Salas no es un escritor de suerte, ni casual, ni ese tipo de polígrafo tropical que estalla en obras de envite y azar a según y como las circunstancias vayan dictando tema y contenido. Picón Salas desde antes de los veinte años hasta los bordes de la muerte, se forma y se alimenta y se entrena, autogenerándose dentro de un proyecto que ya se plantea en su primer trabajo juvenil, no por pura coincidencia titulado "Buscando el camino". Buscando el camino anduvo siempre, interrogando a la historia, pidiéndole claves al arte, auscultando el destino y acudiendo a la poesía cuando la razón fallaba para ir expresando en géneros diversos la intuición de sus hallazgos, la duda afirmativa, la esperanza concreta. Quebrantador de falacias históricas, desmitificador de mentiras piadosas y brujeador de verdades escondidas, contaba para su tarea con la disciplina de sus humanidades, con el equilibrio intelectual de su identidad platónica y con esa sensibilidad para el rumor inadvertido que sólo he visto en los hijos de la niebla.

Su visión de América Latina o de Hispanoamérica como él prefería, en el estilo de Alfonso Reyes, los Henríquez Ureña y los Alonso (visión que algunos profesores de historia hoy ex-marxistas, calificaron de superficial) se adelanta en años a la historiografía contemporánea sobre la materia, al fundamentar sus análisis en el conflicto y desigualdad entre altas formas de cultura foránea al servicio de minorías criollas y la denominación de éstas sobre inmensas mayorías paupérrimas, marginadas del ingreso y la cultura. Y a treinta años de distancia, refuta de antemano —al comparar las colonizaciones ibérica y británica— las falacias comunes que, refritando la historiografía antihispánica del Siglo XVIII, sirven hoy para armar y divulgar hasta en colegios de menores, ese collage del imperialismo que tanta euforia causa entre la burguesía consular venezolana.

Comprender y no gritar era su lema, y la humildad creadora y la libertad sin dogmas su mejor lección: "Sabemos que las propagandas del "best seller" y la Literatura como negocio "en cadena", adaptable al Cine y la Televisión en los Estados Unidos, y el dogma político, de acuerdo con los jefes del "partido" en los países comu-

nistas, lanza al mercado falsos bienes literarios que a veces se olvidan y consumen —como toda mercancía— a los pocos meses”. Frente a todo esto, oponía y defendía el principio y el valor de la autenticidad que divide a los escritores en valerosos y pusilánimes: “El escritor valeroso es el que revela su verdad aun contra todos los prejuicios de la tribu, el que plasma en la palabra lo que le estaba quemando el espíritu, el que no teme ser impopular para transmitirnos su razón interior”; y añadimos, el que arriesga toda comodidad y anda escotero y sin compromisos frente a los poderes de la tierra, que en una mano tienen el terrón de azúcar y en la otra el palo para la alternativa de la pusilanimidad o de la valentía. “El escritor pusilánime —continúa Picón Salas— se escuda en su follaje retórico, en el adjetivo cómplice y encubridor. La gramática le sirve de viciosa hoja de parra”. Y las relaciones públicas —añadimos— le aseguran la inmortalidad.

Valentía y pusilanimidad se cruzaron algunas veces en el camino de Picón Salas, como el miedo y el coraje se cruzan en el drama de todo escritor auténtico: el problema, diría Sócrates, no es sentir miedo sino saber vencerlo. Y Picón Salas lo venció con gallardía muchas veces, valga una: cuando en plena dictadura de Pérez Jiménez desafió las iras del tirano con aquel valeroso discurso del Teatro Municipal. Y si en alguna falló ¿quién es quién para juzgarlo?. Yo, pecador y hombre seducido por tantas debilidades mías y del mundo, no admiro tanto las batallas espectaculares cuanto la guerra larga y callada que Mariano Picón Salas ganó en el exilio de las bibliotecas y de los archivos, donde se formó humanista en el sentido de asimilar una increíble erudición histórica y literaria para devolverla al mundo como sabiduría activa, enriquecida con la virtud creadora con que lo distinguirán las generaciones futuras: el don inapreciable de disimular el rigor de la ciencia utilizada, al entregarnos el pensamiento original en velos de poesía, que le son inseparables como el viento a las alas cuando se entrega el vuelo.

¿Por qué decimos el *último humanista*?. Es una frase retórica para significar una deprimente realidad. Cuando repasamos su obra, cuando nos adentramos sin tocar fondo en su integral sabiduría. Cuando advertimos aquel sentido coherente de su investigación del mundo dirigido como el planeado vuelo del águila hacia un punto preciso —la comprensión de Venezuela y de Hispanoamérica— y nos damos cuenta que “Los días de Cipriano Castro”, “Los tratos de la noche”, su *Miranda* y su *Pedro Claver* y su *Viaje al Amanecer* y su *Odisea de Tierra Firme*, sus libros de historia y sus ensayos sobre letras venezolanas e hispanoamericanas y sobre la tradición y el cambio y las metamorfosis culturales con que América Latina asimila, trans-

forma, renueva y recrea el aporte aluvional que recibe de los demás continentes del mundo, fueron concebidos y realizados como jornadas de aquel infatigable proyecto de buscar la identidad de lo que somos como pueblo, como nación y como cultura en tensión hacia el futuro. Cuando todo eso, con el sentido que tiene como proyecto realizado por un solitario hombre de letras, se fije en nosotros, nos llena y se hace plenitud espiritual en nuestra conciencia; y así poseídos por tanta obra con tanto sentido y proyecto, levantamos la vista y miramos a nuestro alrededor, nos damos cuenta —y esto es dolorosamente cierto— que ninguno de nosotros, y hablo de los hombres de letras de mi tierra, ninguno ha tomado sobre sí, como proyecto, la responsabilidad y el compromiso humanístico que un tiempo, que ya no es el de Mariano Picón Salas, está exigiendo de eso que el lenguaje bestial de nuestros políticos llama generaciones de relevo.